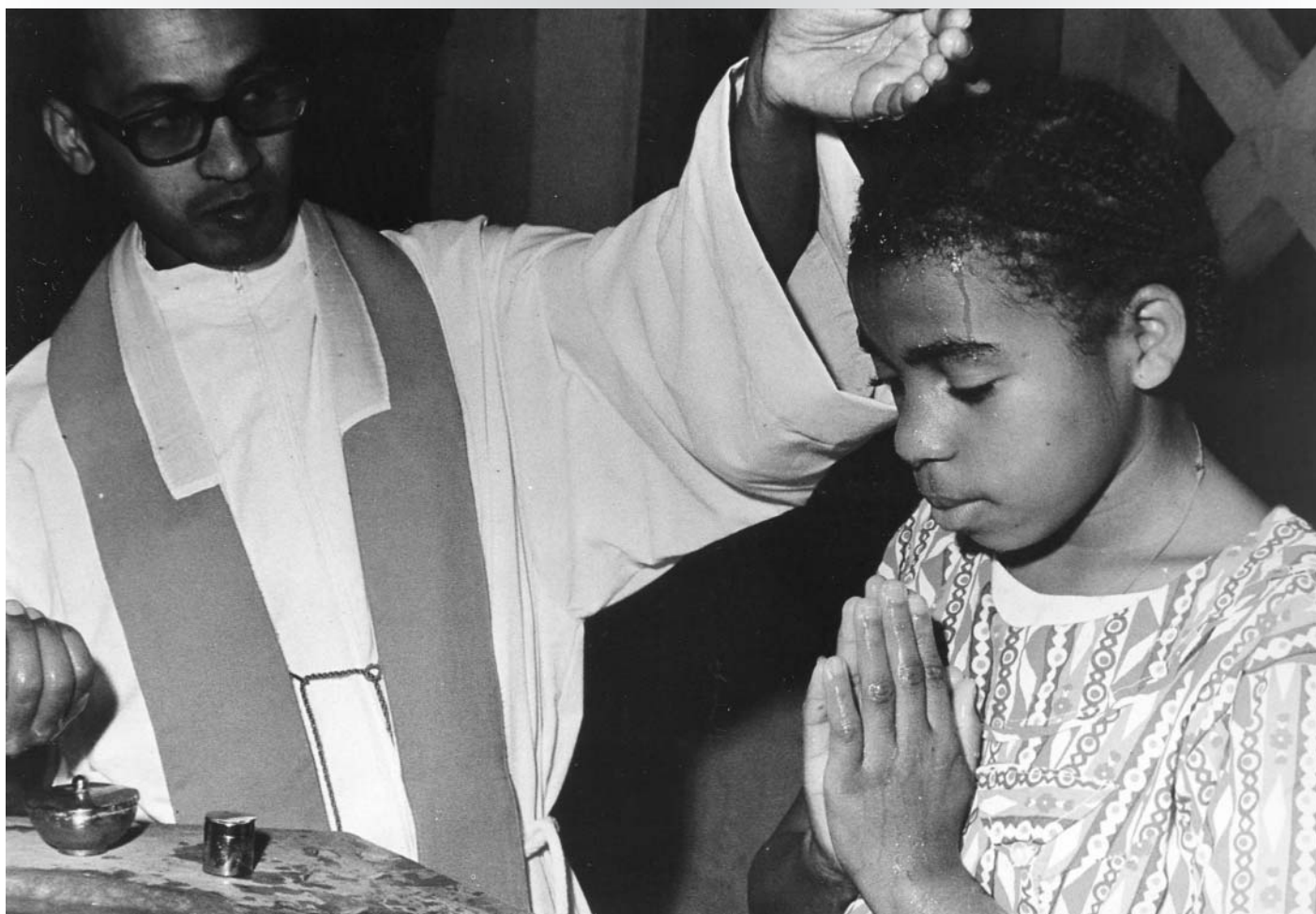


Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 5

Los caminos de la Misión



Tema 4

FE, CONVERSIÓN Y BAUTISMO

PRESENTACIÓN

En el tema anterior se ha hablado del primer anuncio de Cristo Salvador. *“La Iglesia no puede privar a los hombres de la ‘Buena Nueva’ de que son amados y salvados por Dios”* (RM 44). Lo propio de ese anuncio es provocar en cada persona la necesidad de dar respuesta a la iniciativa divina. *“La fe nace del anuncio, y toda comunidad tiene su origen y vida en la respuesta de cada fiel a este anuncio”* (RM 44).

La base, el centro y el culmen del dinamismo de la evangelización ha de ser siempre una clara proclamación de que, en Jesucristo muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres (cf. EN 27). Por eso mismo, querer ver a Jesús y –como ocurrió con Zaqueo– aceptar que Él se invite, preparándole después el banquete de nuestra propia conversión, son pasos que conducen a que *“la salvación entre en esta casa”* (cf. Lc 19,2-10).

La petición que unos griegos le hicieron a Felipe de Betsaida, *“Queremos ver a Jesús”* (cf. Jn 12,20), adquiere un profundo sentido en el camino de la fe. El encuentro con el Señor hace que se transforme todo el ser y el vivir de la persona, desde la mente y el corazón –desde las formas de pensar y de amar–, hasta las actuaciones concretas. Ese encuentro hace que se recupere la identidad filial, hijos en el Hijo: *“Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy”* (Sal 2,7).

Creer en el anuncio de Jesucristo no es una alternativa cualquiera o un camino más entre tantos otros. Conocer y seguir a Jesucristo es TODO, y lo demás es nada (cf. Flp 3,7-11). En el anuncio de Jesucristo y en la acogida que la persona humana le otorga, entra en juego nada menos que la Vida donada por Dios: *“El que cree en el Hijo tiene la vida”* (Jn 6,40). Jesucristo proclama repetidamente este regalo inapreciable: *“El que cree en mí aunque haya muerto vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás”* (Jn 11,25-26). *“¿Crees esto?”*, le pregunta Jesús a Marta. Y esa misma pregunta está planteada para cualquier hombre o mujer que escucha el anuncio del Evangelio.

En el presente tema se trata de reflexionar y orar sobre el proceso seguido por toda persona ante el anuncio de Jesucristo: **la conversión y el bautismo** han sido las propuestas fundamentales en la predicación de los Apóstoles, desde los primeros tiempos de la Iglesia. Incluimos también unas reflexiones sobre **la respuesta de la fe**, sabiendo que ésta va más allá de los caminos de la misión y acompaña toda la vida cristiana.

Desde la realidad

- En el contexto social en el que nos movemos, lo que es malo se presenta una y otra vez como normal; lo que es bueno se describe como anticuado y fuera de lugar.
- Por este procedimiento, queda casi cerrado el camino de la conversión.
- Hay una desconexión y una distancia inquietante entre “creer” y “practicar”.
- Es apremiante la necesidad de aclarar la mente y de fortalecer el corazón para seguir a Cristo.

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. La respuesta de la fe

La fe auténtica implica la acogida de una oferta sorprendente: *“Yo te desposaré conmigo para siempre. Te desposaré en justicia y en derecho, en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad”* (Os 2, 21-22). ¿Caemos en la cuenta del significado y del valor de esa oferta? El anuncio de la Buena Noticia de Jesucristo Salvador está pidiendo y esperando una respuesta de la persona que escucha. Dios sale al encuentro del hombre para compartir con él toda su vida. Pero ¿tenemos hoy un corazón disponible ante esa propuesta suya? Jesús llama y permanece a la espera: *“Estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y me abre, entraré y comeré con él y él conmigo”* (Ap 3,20). Efectivamente, si alguien le abre la puerta, nunca quedará frustrado, porque *“¿quién que ha puesto su corazón en el Señor ha quedado defraudado?”* (Si 2,10).

Dios se acerca a los hombres y mujeres de todos los tiempos, mediante el anuncio de su Palabra. Se trata de una invitación. Invitación seria y trascendental, pero nunca imposición. Invitación que es siempre un don; por eso hay que acogerla cada mañana como un regalo, el gran regalo de Dios al hombre. San Pablo

afirma que la respuesta de fe viene de la predicación, y la predicación por la Palabra de Cristo (cf. Rm 10,17). Es decir, la fe es respuesta libre a esa palabra viva y eficaz que, como les ocurrió a los discípulos de Emaús, también hoy hace arder el corazón de quienes la escuchan en profundidad (cf. Lc 24,32). Se trata de una palabra de esperanza que constituye la alegría y el gozo del corazón para quien la sabe acoger (cf. Jr 15,16). Una nueva luz va a marcar el camino de la vida para siempre.

Sabemos que la fe es adhesión de todo el ser a la persona de Cristo, porque creer en Él no es sólo aceptar lo que ha dicho, sino también estar dispuesto a vivir con Él y como Él, dar la vida por Él. Cuando Pedro, en la mañana de Pentecostés, se dirige por primera vez a la multitud, les anuncia que a ese Jesús, al que ellos entregaron a la muerte, Dios lo ha resucitado; y les asegura que todo el grupo de los discípulos son testigos de ese hecho (cf. Hch 2,32). Ante la invitación de aceptar a Jesús como el Señor, el corazón de los oyentes se conmueve y preguntan a Pedro y a los otros discípulos: *“¿Qué hemos de hacer, hermanos?”*.

II. Conversión

El libro del Deuteronomio, en el tercer discurso de Moisés, presenta de forma magistral el significado de la conversión para todos los tiempos. Delante del pueblo hay siempre dos caminos, y constantemente es necesario elegir entre ellos. Moisés dice solemnemente al pueblo: *“Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos de Yahvé tu Dios que yo prescribo hoy, si amas a Yahvé tu*

Dios, si sigues sus caminos y guardas sus mandamientos, preceptos y normas, vivirás y te multiplicarás [...]. Escoge la vida, para que vivas, tú y tu descendencia, amando a Yahvé tu Dios, escuchando su voz, viviendo unido a Él; pues en eso está tu vida” (Dt 30,15-20). Esta invitación del Deuteronomio a escoger la Vida, se transforma después de la venida de Cristo en escogerle a Él: *“Yo soy la Vida”*, dice el Señor (cf. Jn 14,6).

Ante la pregunta del pueblo: “¿Qué hemos de hacer, hermanos?”, la respuesta de Pedro no deja lugar a dudas: “Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el Espíritu Santo” (Hch 2,37-38). Cuando Jesucristo entra en la vida de una persona, la pone frente a su realidad más íntima y secreta. El encuentro con Él, el trato con Él, transforma la vida desde dentro. Y ahí se produce la conversión. Jesús entra un día en casa de Zaqueo, y la vida de éste

se transforma: “Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo” (Lc 19,8). Convertirse, según la *Redemptoris missio*, “significa aceptar, con decisión personal, la soberanía de Cristo y hacerse discípulos suyos” (RM 46).

Cuando se entiende bien este proceso, resulta chocante que un cristiano ponga en tela de juicio o intente pasar en silencio la llamada a la conversión que los misioneros dirigen a los no cristianos. Es porque, como afirma Juan Pablo II en la *Redemptoris missio*,



ven en ella un acto de proselitismo, y consideran que basta ayudar a los hombres a que sean fieles a su propia religión, o porque se contentan con la dimensión social del cristianismo, creyendo que es suficiente con trabajar por la justicia y por la paz, o que basta con ser solidarios. En realidad, se olvidan de que toda persona tiene el derecho a escuchar la Buena Nueva del Dios que se revela y se da en Cristo, para realizar en plenitud la propia vocación del ser humano; algo que va mucho más allá de un cristianismo meramente ético (cf. RM 46).

III. Bautismo

La conversión a Cristo —dice Juan Pablo II— está relacionada con el bautismo, no sólo por la praxis de la Iglesia, sino por voluntad del mismo Cristo, que nos envía a hacer discípulos de todas las gentes y a bautizarlas (cf. Mt 28,19); y además, por la exigencia que proviene de recibir la plenitud de la nueva vida en dicho sacramento: “En verdad, en verdad te digo —dice Jesús a Nicodemo—: el que no nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Jn. 3,5; cf. RM 47).

Cuando una persona ha encontrado el Amor o lo ha recuperado después de haberlo perdido, ya no quiere soltarlo: “Encontré el amor de mi alma, lo aprehendí y no lo soltaré. Mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado” (Ct 3,4; 2,16). Ésta es la experiencia de haber comenzado una vida nueva, y de querer preservarla y hacerla crecer. Se siente la necesidad de guardar ese tesoro y de sellar ese encuentro de forma indeleble. Lo lógico es celebrarlo. La vida nueva de Dios es engendrada en el creyente por medio de la Palabra y

por el agua del Bautismo. En ese momento, Dios regala a cada uno el nombre bendito de “hijo amado”: *“Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy, pídemelo y te daré en herencia las naciones, en propiedad hasta los confines de la tierra”* (Sal 2,7). Entonces el bautizado se hace consciente de esa llamada que Dios le ha hecho para vivir como hijo, para reproducir la imagen de Jesucristo, el Hijo unigénito (cf. Rom. 8,29).

La vida del bautizado se adentra así por un camino de voluntario seguimiento de Cristo, de entrega al Padre. Pero, como nos recuerda el Vaticano II, ahí alcanza el ser humano su mayor dignidad: *“La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. [...] Y sólo puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente este amor y se confía por*

entero a su Creador” (IM 19). Por tanto, se trata de un camino de verdadera libertad, un camino de realización plena.

El bautismo no es, pues, un mero signo exterior de la conversión, algo que simplemente la certifique, sino que lleva consigo la unión a Jesucristo y la unción del Espíritu Santo, y se instauran vínculos reales con la Trinidad Santa. Además, por el Bautismo comenzamos a formar parte de un pueblo, de una comunidad, de una gran familia; pasamos a ser miembros del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. No se trata de un mero acto puntual de la vida, sino de algo que genera un dinamismo de conversión permanente hacia Cristo, para poder seguirle lo más fielmente posible. En definitiva, Dios está ofreciendo en el Sacramento del Bautismo la posibilidad de ser y de vivir la identidad propia de “hijos suyos”.

IV. Abrirse a Cristo y unirse a la Iglesia

No pocas personas afirman fácilmente que están interiormente comprometidas con Cristo y con su mensaje, pero no juzgan necesaria la celebración de ningún sacramento, ni la vinculación a la Iglesia. Sin embargo, hoy como siempre, continúa firme la invitación a abrirse plenamente a Cristo, que ha querido que la Iglesia sea el “lugar” donde realmente pueden encontrarlo los que le buscan.

Ahora más que nunca es necesario recuperar, en la misión evangelizadora de la Iglesia, esa llamada a la conversión que introduzca a las gentes en una fe viva y que sea transmisora de la misma vida de Dios que se recibe en el bautismo. *“La urgencia de la actividad misionera brota de la radical novedad de vida, traída por Cristo y vivida por sus discípulos. Esta nueva vida es un don de Dios, y al hombre se le pide que lo acoja y desarrolle, si quiere realizarse según su vocación integral en conformidad con Cristo”* (RM 7). Sin una predicación que ponga a las personas en contacto con Cristo y que haga una fuerte llamada a la conversión, con la propuesta de recibir el bautismo, el camino de la misión quedaría incompleto y cortado.

La predicación de los apóstoles es la que suscita la fe en aquellos que escuchan la palabra y se convierten. En el libro de los Hechos encontramos varios ejemplos de este proceso (cf. Hch 8,35-38; 10,44-48). La fe viene de la predicación y la predicación tiene sentido y valor por la palabra de Cristo (cf. Rom 10,14-17). Por eso mismo, la predicación de la palabra viva de Dios pone a las personas en contacto con Cristo. Este encuentro personal inaugura una vida nueva que se celebra y se ratifica por medio del bautismo.

En realidad cada convertido es un don hecho a la Iglesia; pero todo convertido plantea a la misma Iglesia, a todos nosotros, una gran responsabilidad: *“Sería una desilusión para él si después de ingresar en la comunidad eclesial encontrase en la misma una vida que carece de fervor y sin signos de renovación. No podemos predicar la conversión si no nos convertimos nosotros mismos cada día”* (RM 47). Con el gozo de creer, con la alegría desbordante de poder ofrecer en Cristo el sentido de la vida, la Iglesia propone una y otra vez el camino a seguir: anuncio de la salvación, respuesta de fe, conversión y bautismo.

Para la reflexión personal

- 1** La fe es llamada gratuita de Dios y respuesta libre de nuestra parte.
 - ¿En qué medida soy consciente de ese don?
 - ¿Hasta dónde llega mi acción de gracias cada día por este don recibido?
 - ¿Hasta qué punto vivo la necesidad de dar una respuesta responsable?
- 2** Las exigencias de la conversión, constituyen tarea permanente de quien ha creído en Cristo.
 - ¿En qué actitudes y comportamientos necesito una auténtica conversión?
 - ¿Qué espera Dios de mí aquí y ahora, en mis circunstancias concretas?
- 3** El bautismo *“es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el Espíritu, y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos”* (CEC 1213). ¿Cuál es la valoración que hago de mi bautismo? ¿Qué significado tiene para mí?

Para el trabajo en grupos

- 1** Después de haber estudiado este tema, “Fe, conversión y bautismo”:
 - ¿Qué aspectos resaltaríamos?
 - ¿Qué añadiríamos a los planteamientos que aquí se hacen?
- 2** Vivimos cada vez más en medio de una sociedad multicultural y conviviendo con gentes de diferentes religiones. ¿Cómo plantearse en una realidad así el sentido y la necesidad de la conversión?
- 3** Juan Pablo II dice que *“en ciertos ambientes se advierten aspectos sociológicos relativos al bautismo que oscurecen su genuino significado de fe y su valor eclesial. Esto se debe a diversos factores históricos y culturales, que es necesario remover donde todavía subsisten, a fin de que el sacramento de la regeneración espiritual aparezca en todo su esplendor”* (RM 47).
 - ¿Cuáles son los aspectos concretos de tipo sociológico que existen en nuestro entorno social y que oscurecen el significado de la fe?
 - ¿Podríamos enumerar algunos de esos factores históricos y culturales?
 - ¿Qué pasos habría que dar para superarlos?

EL SEÑOR NOS TRANSFORMA

Soy maestro, seglar y colaboro en algunas tareas de evangelización de mi parroquia. Quiero aprovechar esta ocasión para reconocer la presencia de Cristo en mi vida, para que sea Él quien resplandezca, para que en Él tengamos puestos nuestros ojos y sea Él quien dé sentido a nuestra vida.

En mi adolescencia tuve la gran suerte de empezar a conocer personalmente al Señor. Mi conocimiento anterior de Él era distinto. Hasta entonces, puedo decir que lo conocía “de oídas”. Desde entonces, de una forma más personal y consciente. Y no fue una búsqueda desesperada, casi ni la hubo. Fue más bien un encuentro cuando no pensé que pudiera ocurrirme esto y ni había podido imaginar antes lo que significaría este encuentro en mi vida. Para mí todo empezaba a tener otro sentido. Y es que el Señor poco a poco nos transforma.

Con seguridad, aquello que estaba en mí no era mío y menos de nadie que me lo hubiera podido inculcar. Estaba por encima de mí. No hay en esos momentos lugar a duda. Era reconocer a Cristo en mi vida y de ello puedo dar testimonio. La presencia de Cristo es inconfundible, tiene un sello particular y Él así nos lo hace ver.

Cristo nos puede cambiar por dentro y con Él todo puede tener sentido: el sufrimiento, el dolor, la cruz; precisamente todo lo que el mundo no se explica, de lo



que se escandaliza y de lo quiere vivir a espaldas.

Aceptar la presencia del Señor es dar otro sentido a la vida. Cristo realiza su proyecto en nosotros si nos ponemos en sus manos. A esto estamos llamados todos.

Nada mejor os podría ofrecer de mí, nada mejor os podría dar que no fuera a Cristo. De aquí surge en mí la necesidad de dar a conocer a Cristo a los demás, la urgencia de participar en la tarea de la evangelización, de hacer partícipes a los demás de este tesoro que, como decía San Pablo, llevamos dentro, aunque sea en vasos de barro. A esto me siento llamado y esto es lo que da sentido a mi vida.

GERMÁN MARTÍNEZ

Profesor y padre de familia

ORACIÓN

*En Yahvé puse toda mi confianza,
Él se inclinó hacia mí y escuchó mi clamor.
Me sacó de la fosa fatal, del fango cenagoso;
asentó mis pies sobre la roca, consolidó mis pasos.*

*Puso en mi boca un canto nuevo,
una alabanza a nuestro Dios.
Muchos verán y temerán,
y en Yahvé pondrán su confianza...*

*¡Cuántas maravillas has hecho, Yahvé, Dios mío,
qué designios con nosotros, no hay comparable a Ti!
Yo quisiera publicarlos, pergonarlos,
mas su número excede toda cuenta...*

*Se me ha prescrito en el rollo del libro
hacer tu voluntad.
¡Oh, Dios!, en tu ley me complazco en el fondo de mi ser.
Y Tú, Yahvé, no contengas tus ternuras para mí.*

*Que tu amor y tu verdad incesantes me guarden.
¡En Ti se gocen y se alegran todos los que te buscan!
Y yo, pobre soy, pero el Señor piensa en mí.
En Ti, Señor, ponemos toda nuestra confianza.*

*Tú te acercas a nuestra vida y escuchas nuestro clamor.
Tú, Señor, nos has levantado, nos has sanado,
nos has salvado, nos has sacado de una vida mediocre y vana.
Pones en nuestra boca un canto nuevo de alabanza, de paz, de esperanza...*

*Y muchos se acercarán a Ti. Te conocerán y pondrán en Ti toda su confianza.
¡Cuántas maravillas has hecho con nosotros, Señor! ¿Quién podrá ofrecernos más?
Quisiéramos pregonar y publicar todo lo que has hecho con nosotros,
cómo nos has devuelto la máxima dignidad
y nos has ofrecido caminar contigo.*

*No queremos hacer otra cosa que no sea cumplir tu voluntad,
y que de aquí en adelante sea tu Palabra la que dirija nuestros pasos.
Pero Tú, que nos conoces, sabes que necesitamos de tu ternura,
de tu amor, de tu cuidado para llegar a ser y a vivir lo que Tú quieres.*

*Señor, que todos los que te buscan lleguen a dar contigo y se pueda alegrar su corazón.
Es verdad que somos pobres, pero el Señor ha pensado en nosotros;
nos llama amigos, nos llama hijos.
Por eso se alegra nuestro corazón y experimentamos el gozo de seguirle
para reproducir su vida en medio de nuestro mundo.*

(En torno al Salmo 40)